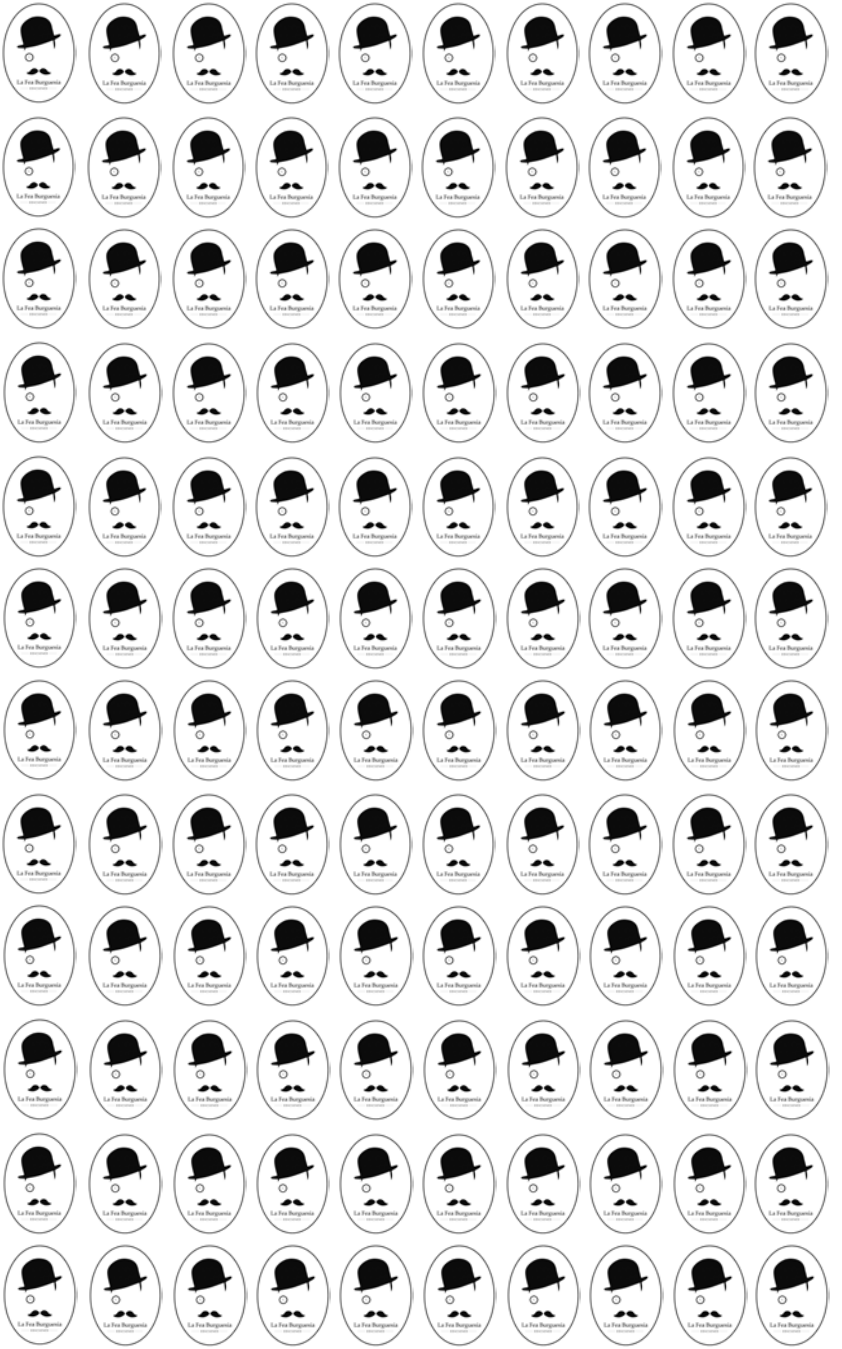
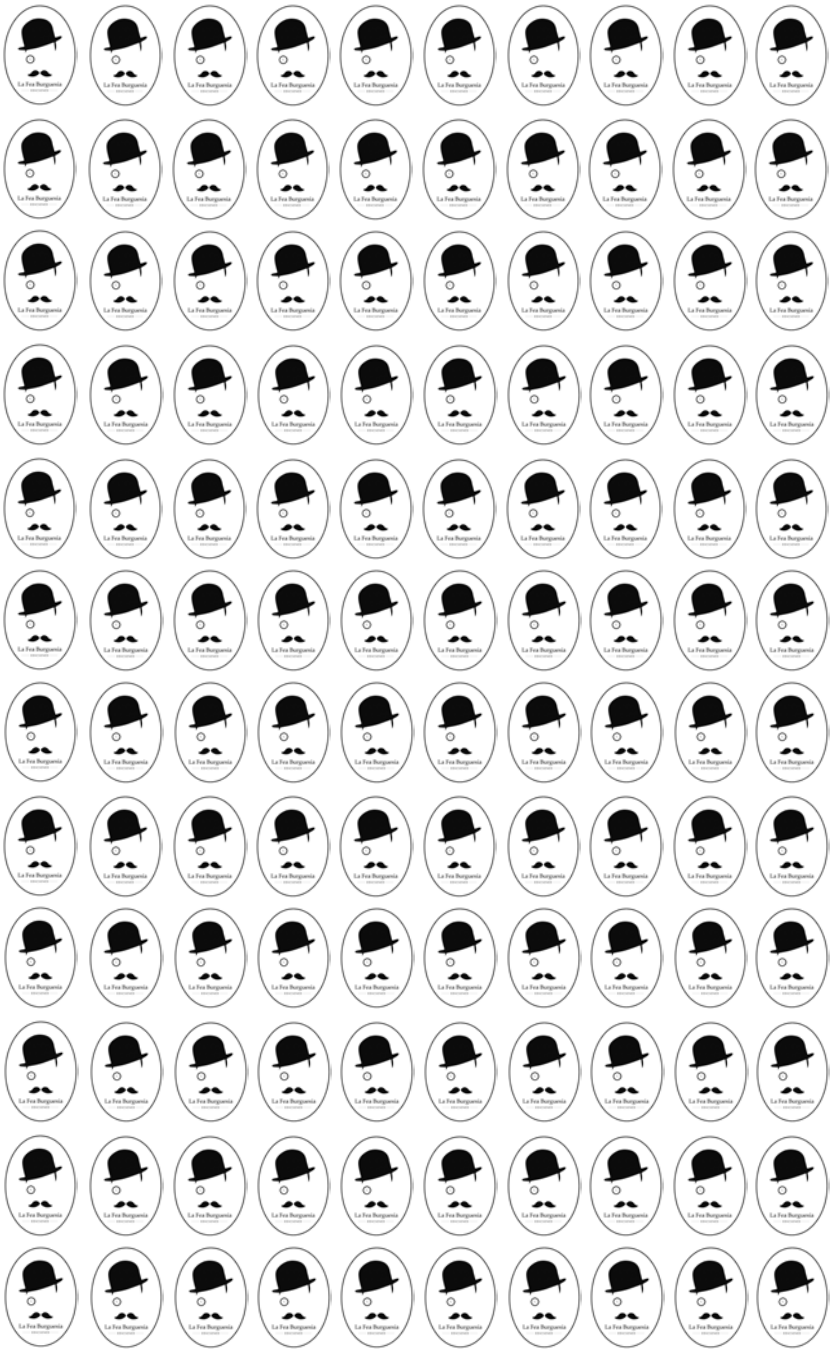

La Fea Burguesia


La Fea Burguesia

XL

La Fea Burguesía
POESÍA

Murcia
2021

XL

NATXO VIDAL

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado
una ciprés (*Cupressus*) en el paraje
de El Horno en Cieza (Murcia)

"XL"
© Natxo Vidal, 2021
© La Fea Burguesía Ediciones, 2021
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Cubierta: Cristina Morano
Maquetación: Fernando Fernández Villa

Primera edición: septiembre de 2021
IBIC: DCF
ISBN: 978 84 120615 5 0
Depósito legal: MU 775-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

CARTA ABIERTA A NATXO VIDAL… EL OTRO

Perdóname, Natxo, amigo. Debes de estar ya más que harto de llevar media vida soportando las bromas a cuenta de tu homonimia con un cierto actor de cine (clásico, podríamos decir), para que venga ahora yo a tocarte los tocayos. Pero es que la cosa parece que te persigue tanto que incluso cuando cumples los cuarenta, y te mojas con un autorretrato en forma de poema-río, resulta que hasta los romanos con sus numeritos te juegan una mala pasada y te hacen estampar una equis al frente de ese XL con que has decidido titular tu libro. Te juro que no es mi intención sumarme a la befa. Lo que ocurre es que hay otro, otros Natxos Vidales en Natxo Vidal y son de esos de lo que yo quiero hablar, pues tú —acaso hasta sin darte cuenta— me los presentaste cuando te dio por confiarme esta obra.

Como te decía, no has escrito un poemario; has escrito otra cosa que obliga a separar la última sílaba del vocablo anterior: un poema—río, casi oceánico. Eres listo y has leído lo tuyo, de suerte que sabes bien que para ciertas cosas, como es una autobiografía en verso, un autorretrato (¿en espejo

convexo? No: más bien como «*un árbol / reflejado en un río*»), la composición más corta no es la mejor idea, porque no tolera (o lo tolera mal) el grado de experimentación y de arrojo que tú necesitabas ensayar aquí. Y encima va y te sale bien. No sé si será por ese marco entre rural y legendario donde decides sembrar tus recuerdos («*Recuerdo, sobre todo, los gorriones*», empiezas a largar), o por esa acrobacia que se bandea entre una cierta tensión hermética y una distensión enlodada, pero lo cierto es que hay un halo de misterio que recorre todo el poema, como una nebulosa, *uno sfumato*. Y eso que estás hablando de sustancias documentables (lo que has vivido, a la postre), aunque, amigo mío, ¿qué hay más enigmático que tratar de volver a hacer real lo que ya se nos fue? Como tú mismo sentencias: «*no / es / lo que pasó, sino lo que recuerdo*». ¿Y no será que lo que se vive es al cabo solo lo que se recuerda?

Quizá por eso camines por el alambre de este XL como un funámbulo de contrarios. En los versos hay prosaísmo, sí, pero de cantata; coloquialismo, mas abiertamente introspectivo; la cotidianidad (ese invento, que decía Certeau) asoma la cabeza cada poco, aunque, eso sí, destilada en un sistema de imágenes que tiran del hilo de una madeja más o menos irracionalista, simbolista siempre, muy *rimbaudiana*. Claro, esto último nos lleva al *yoesotro*, cómo no, y más en un poema en el que, como Garcilaso, te has parado a contemplar tu estado. Pero la pregunta sigue siendo: ¿quién?, ¿quién coño es ese al que autorretratamos? En este XL parece que te

bilocas a cada instante, que peleas contigo mismo desde el otro (los otros) o al revés. Este poema no solo es múltiple en su millar de versos. Es también un poema multiverso, es decir: uno solo de entre los muchos (tal vez infinitos) que podrían haber sido. Y tú dirás: ¡vaya memez, eso vale para este poema y para todo! Pues no. XL es un poema multiverso porque no se ha alzado irruyendo el resto de poemas posibles, sino que los contiene. Es un gato de Schrödinger vivo y muerto a la vez; más que escrito: sobreescrito. Pero sin aplastar las huellas del palimpsesto, todo lo contrario: iluminándolas. Que esto, a fin de cuentas, es lo que es vivir («*He elegido la vida*», confiesas), y tú, Natxo Vidal, has querido, antes que escribir un poema a tu vida, vivir un poema, tu poema.

De ahí —pienso yo— ese impulso libre, libertario, libérrimo, liberador (¿hay más vocablos de la familia?) que mueve este libro, en el que, en efecto, se respira libertad (¡mira: el que faltaba!) por los cuatro costados. Has pergeñado un collage en donde parece que quepa todo: lo llano y lo elevado, lo poético y lo científico, la imagen gastada y la sorprendente, el verso y la prosa, la puntuación y la no puntuación. «*Ahora / deja que las palabras te golpeen*», dices, y allá que se acerca un ejército de retruécanos, palíndromos, calambures, neologismos (siquiera sea por acumulación de términos), juegos de lenguaje con más distanciamiento crítico que humor, se huele uno. Y más cosas, claro. Una serie de citas, reales o apócrifas (y no seré ahora yo el pedante que revele cuál es cuál, aunque el plu-

riempleado y proteico John Lepperman se revela a sí mismo), un mantra de paremias, el ritornello de una letrilla que, precisamente por su reiteración, nos inquieta sobremanera (y mira que suena dulce, pero repite dulce veinte veces y ya verás como te sabe amargo). A mí me resulta emocionante el placer con que el degustas y deletreas el diccionario en esas tiradas de palabras que están ahí porque sí: porque tienen que estar ahí y no se hable más (mejor dicho: háblese todo). Se diría que te recreas en esa suerte de largos inventarios alfabéticos por la pura necesidad de que el lenguaje no sea arbitrario, de restituirle al signo una verdad, de que la realidad fuera una traducción de la expresión lingüística y no al contrario. «*Sostengo una cebolla / (la nombro así: / cebolla*», y no como Neruda en su oda, claro (o, por mejor decir: elemental, querido Natxo). Cabe tanto en este libro tuyo que uno casi llega a preguntarse cómo es que no está también ahí… ¿O acaso sí lo está, lo estamos?

Natxo Vidal, amigo, *XL* es una pieza con no poco vuelo literario. Se lee, de principio a fin, con expectación creciente, con admiración. Tu ambición como poeta ha encontrado su horma. *XL* es tu cumbre de madurez como poeta. *XL* son los años que cumples y también —con perdón— el tamaño de tu apuesta poética. ¡Salud!

Alberto Chessa
Murcia. Verano, siglo XXI

XL

Recuerdo, sobre todo, los gorriones.
Su impasibilidad ante la lluvia.
Su plumaje de arena.
Su sangre cálida
como un domingo tibio de septiembre
sobre mis manos frías,
después del balinazo.
Primero su cantar sencillo,
de pájaro obrero.
Más tarde el aire atravesado.
El golpe del metal contra su pecho,
su cuerpo
cayendo desde el árbol
como un folio
de carne sobre el suelo:
cascajo, plumas, patas,
inútil osamenta
sobre la escarcha leve de la hierba.
Era
el tiempo del membrillo.
El sol rompía la mañana,
cada día,
igual que una promesa de raíces,
de frutos escondidos y lejanos
aún
bajo la tierra fría
rompe la primavera,

y el alba
dejaba
sobre las telarañas lágrimas
de plata,
solo para mí.
Solo para que yo,
abierto,
traspasado de luz,
pequeño todavía,
pueda jurar que nunca he vuelto a ver,
jamás,
un espectáculo
así
de hermoso.
(Solo, tal vez, quizá,
en Pensilvania las arañas sean
igual de artísticas y opulentas.
En el puente que llega hasta Riegelsville,
parece ser,
hacen sus telarañas entre las columnas de hierro
y las dejan colgadas del rocío sobre la corriente
como una serie de tapices con nuevos diseños.)
Amanecía, entonces,
y los primeros pájaros
volaban a través de un cielo
oscuro todavía,
como una lámina